

Medicina Rural giennense en un siglo

R. Aguilera Vaquero

Ilustrísimo Sr. Presidente del Colegio Oficial de Médicos, ilustrísimas autoridades, dignísimas señoras y señores, queridísimas compañeras y compañeros. Al igual que dijo el gran escritor don Miguel Delibes, cuando le concedieron el premio de las letras «Miguel de Cervantes», yo también digo, salvando las distancias, que «este acto es para mí un buen acontecimiento para cerrar una vida».

Por todo lo que me ha pasado durante los setenta años que he vivido, yo me daba ya por satisfecho. Pero tenía que ocurrir esto, lo de hoy y, francamente, ya se ha desbordado el vaso y no encuentro palabras para agradecerlo a todos los colegiados de Jaén y en especial a su presidente el doctor don Antonio Luna Fantony, por haberme invitado a estar hoy aquí.

Me siento abrumado por ocupar un sitio junto a estos ilustres compañeros, que han brillado con luz propia en la Medicina española. Yo estoy aquí simplemente por haber sido médico rural. Claro, que en el pueblo, era el mejor..., ¡no había otro!

Durante lo que yo conozco de parte del siglo xx, la Medicina Rural de Jaén ha pasado por los mismos avatares que toda la medicina rural española, aunque puedo dar fe de que la de Jaén ha tenido algunas características propias. La verdad es que la figura del médico rural, tal como lo conocíamos hace más de veinte o treinta años, es una es-

pecie a extinguir. Aunque su espíritu, su llaneza, su fácil accesibilidad para todos los vecinos, su manera de tratar a la gente como amigos, como dolientes, eso nunca debería desaparecer y está desapareciendo porque ya los médicos no viven en los pueblos, no conviven con esas familias.

El médico rural ha sido el profesional que ha llevado hasta el último rincón de la provincia lo que aprendió en la Universidad o en el Hospital, acercando la sanidad al paciente con los medios rudimentarios a su alcance.

Pueden estar seguros de que todo lo que voy a relatar son hechos verídicos, que yo he vivido o que me ha contado de primera mano algún compañero.

Hasta mediados el siglo xx, todos los médicos rurales necesitaban tener en su casa una cuadra y un caballo, ya que dicho animal les era imprescindible para atender a las familias que vivían en los cortijos o en otros pueblos, debido a la escasez de médicos. A partir de los años cincuenta, comenzamos a motorizarnos, primero con motocicletas y después con automóviles, casi siempre de segunda mano. La mayoría de las carreteras y caminos estaban sin asfaltar. Éramos especialistas en sortear baches y piedras, y nuestras costillas midieron el suelo en muchas ocasiones. Aun a pesar de tantas fatigas, la motorización nos permitió atender con mayor prontitud y eficacia a

Palabras clave: Médico rural. Asistencia y docencia. Anecdótico.

Fecha de recepción: Noviembre 2001.

Seminario Médico

Año 2002. Volumen 54, N.º 1. Págs. 93-98

nuestros pacientes y nos hizo menos penoso nuestro trabajo. Con mucha frecuencia también sirvió nuestro vehículo para transportar con urgencia pacientes al Hospital. Empezaremos hablando de la higiene en el medio rural, durante el siglo pasado. La higiene, hace más de cuarenta años, no existía ni en el medio rural ni en muchas ciudades, ya que en la mayoría de las poblaciones no había agua corriente, ni potable, ni saneamientos. Era normal ver colas de 30 ó 40 personas con sus correspondientes vasijas, para recoger y transportar el agua a sus casas. No se conocían los cuartos de aseo y el jabón era artículo de lujo. Nuestro primer retrete en un pueblo fue un gallinero y allí tuve la ocasión de comprobar que las gallinas ponían los huevos morados... a picotazos. Si no andabas listo. A partir de los años sesenta, empezó a llegar el agua potable y el saneamiento a los pueblos y la higiene empezó a levantar cabeza. Hasta entonces era normal ver a las mujeres, al atardecer, sentadas a las puertas de sus casas, con un trapo blanco en la falda, despiojando a los niños con una liendrería y las uñas ensangrentadas por la manzanza piojeril. ¡Nunca oí a nadie decir que el piojo que llevaba era suyo! Todos nos hacíamos la misma pregunta: ¿Quién nos lo habría pegado?

91

Siguiendo con la higiene, me contó mi buen amigo Cecilio Palomo, médico ya jubilado, que un día se presenta una mujer en su consulta, pidiendo que le recete Thrombocid para la circulación, «para esas manchas negras que a todos nos salen en los tobillos». Le exploró la zona y le dio la impresión de que eran manchas hidrosolubles. Le dijo que, efectivamente, aquello era de la circulación y que tenía que darse una buena friega con agua, jabón y estropajo para activar la circulación y que volviera al día siguiente. La pobre no volvió. Nos suponemos que las manchas habrían desaparecido con el jabón.

En otro de los pueblos, un maestro me contó lo que le pasó con un niño. Todas las mañanas, el niño se presentaba en la escuela

sin lavarse ni peinarse y el maestro, con mucha diplomacia, le decía: «Pepito, dile a tu madre que te lave y te peine». Así pasaron diez días. Viendo que no conseguía nada, le dijo al niño: «Mañana le dices a tu madre que venga a hablar conmigo». Al día siguiente se presentó la mujer en el colegio y le dijo al maestro: «A lo mejor querrá usted que estemos lavando al niño todos los días». Y mi pobre amigo Emilio le dijo: «Eso, eso es lo que quiero, que lo lave usted todos los días». Pero se quedó con la gana.

Había epidemias de piojos, pulgas y chinches por todas partes y a ello contribuía la vestimenta. Las mujeres se ponían refajos, unos encima de otros y ni ellas sabían el color que tenían cuando los estrenaron. Los hombres usaban unos calzoncillos largos que se ponían a principios de octubre y se los quitaban el cuarenta de mayo. Aquello no tenía color, sólo brillo.

Hace más de treinta años teníamos que enfrentarnos a verdaderas epidemias que los médicos de hoy no se pueden imaginar. Una de ellas era la enormidad de abscesos glúteos que, a razón de dos o tres por mes, teníamos que abrir para dar salida a cerca de un litro de pus. La causa podría estar en las inyecciones de balsámicos que tanto se prodigaban y en los medios que usaban los practicantes, siguiendo las normas de la época. Todos recordamos aquellas cacerolas llenas de agua hirviendo con docenas de jeringas y agujas. El practicante sostenía en la comisura labial, un cigarrillo que, cada cierto tiempo, dejaba caer la ceniza dentro de la cacerola, en aquel líquido que, de tanto hervir, se cubría de una capa de cal que manchaba las agujas y las jeringas. El practicante introducía sus pinzas en la cacerola, eso sí, muy bien limpias con un algodón impregnado en alcohol, que entonces era el desinfectante universal. Sacaba la jeringa, la ajustaba al émbolo y al final, extraía la aguja y le soplabá varias veces para sacarle el agua. Nunca los conté, pero seguro que en aquel soplo iban millones de estafilococos y hasta algún que otro bacilo de

Koch procedentes de las vías respiratorias de aquel diligente sanitario. Al mes de la inyección había una hermosa bolsa de pus que hacía relucir brillantemente aquella región glútea. Cuando llegaron las agujas y jeringas estériles, nos libramos de ese suplicio, tanto los médicos como los pacientes.

Los que hemos pasado gran parte de nuestra vida en el medio rural, sabemos que es verdad aquello que decía Santayana: «En el pueblo hay gente convencida de dos cosas: de que Dios no existe y de que la Virgen del Carmen es la madre de Dios». Casi ningún hombre va a misa, pero todos están apuntados a alguna cofradía.

La sexualidad era un tema «tabú», más de confesionario que de consultorio. En una ocasión, la mujer de un guardia civil, muy bajito, por cierto, que tenían diez hijos, se presenta en la consulta y me dice: «Don Ramiro, tiemblo el día que a Manolo le toca "de puertas". Todo el día está a carga y descarga, y me va a reventa». Pensé para mí: ¡Vaya con el bajito!

En otro pueblo de los que estuve, se propagó la noticia de que una muchacha soltera, de las mejores familias, había quedado embarazada. Una mañana, cuando realizaba la visita domiciliaria, se me acerca la madre de la muchacha y para justificar a su hija me dijo: «Don Ramiro, ¡si ha sido por la rajilla de las bragas!». Y es que ni las bragas de entonces ni las de ahora son cinturones de castidad.

Los médicos rurales teníamos que estar de guardia las 24 horas, domingos y festivos. Nos llamaban a cualquier hora del día o de la noche. Mi record personal lo tengo en siete llamadas durante una noche. No era raro que nos interrumpieran cuando estábamos haciendo el amor. El sacrificio se lo pueden imaginar, quien se acuerde. Pero eso ¿a qué Ministro de Sanidad le interesaba? Nos decían que iba incluido en el sueldo.

Al hablar de la Medicina Rural no podemos olvidarnos de los Delegados de Laboratorio. Ellos eran el hilo que nos unía a nuestros compañeros. Con mucha frecuencia se con-

vertían en nuestros mejores amigos, nos ponían al corriente de la vida de nuestros compañeros de los pueblos y de la ciudad, y además nos solucionaban en la capital muchos asuntos que nosotros no podíamos resolver por falta de tiempo. ¡Un cariñoso recuerdo para todos ellos!

Los partos eran nuestra «odisea», no sólo por la falta de medios sino también por las circunstancias en las que teníamos que realizar nuestra labor. En la mayoría de los dormitorios no había luz y si la había, la bombilla, por economía, alumbraba menos que una mariposa. Para ver mejor, nos acercaban un candil con aceite que casi siempre se derramaba en nuestro traje y que, por desgracia, a veces era el traje de los domingos. En aquel momento sólo pensabas en la parturienta, en el crío y en nuestra parienta cuando viera el traje. Casi todas las familias querían que su hija diera a luz en su casa, como lo hizo su madre y su abuela. La parturienta con sus dolores y sus gritos: «Mama, que no puedo más». La madre asustada pero callada. La suegra sin callarse, molestando, presionando y exigiendo que aquello «lo acabemos cuanto antes, porque la pobrecita se va a morir, si esto dura más». Tantas veces repetía «que la pobrecita se va a morir» que no tenías más remedio que reventar y decirle: «Señora, márchese a hacer puñetas y por aquí no aparezca hasta que oiga llorar al niño». La pobre parturienta no sabía el peligro que estaba corriendo, pero nosotros sí, y en nuestra soledad, no podíamos compartir nuestra responsabilidad con nadie. Toda la responsabilidad caía sobre nuestras espaldas. Menos mal que la naturaleza es muy sabia y la inmensa mayoría de los nacimientos se resolvían solos, a pesar de nuestra ayuda, pero el sufrimiento no nos lo ahorra nada. Pero hay refranes inventados por gente con muy mala idea, como el que dice: «La naturaleza cura y el médico cobra la factura». Lo jodido es que casi siempre es verdad, se curan sin que sepamos lo que han tenido. Menos mal que la Seguridad Social, a los seis meses, nos pagaba doscientas pe-

setas por parto atendido en el pueblo. ¡Qué satisfacción tan grande cuando llegaba la nómina! Ahora sé por qué, cuando introduzco mi tarjeta en el cajero para sacar dinero, o me dice que la he metido torcida (la tarjeta) o en lugar de darme billetes de diez mil pesetas, sale una mano que me hace la peseta. Y es que, como decía Picasso: «Me gusta vivir pobre... pero con mucho dinero». Gracias a Dios, como decía Jackie Mason: «Tengo suficiente dinero para el resto de mi vida, a no ser que compre algo».

Otro problema que afectó y sigue afectando a todos los médicos, son los curanderos. Tuve la suerte de que en los pueblos donde estuve, no hubo ninguno. Si te caía uno cerca, te amargaba la vida. Un taxista de uno de los pueblos donde estuve, me contó que había comprado una furgoneta en la que llevaba los pacientes a un curandero de Murcia. Durante el trayecto, que duraba más de tres horas, cada paciente contaba lo que le pasaba, con pelos y señales. Cuando llegaban a la casa del curandero, pasaban todos a la sala de espera y el taxista entraba por otra puerta para contarle todo lo que había escuchado por el camino. El acierto y el éxito estaban garantizados. La furgoneta la amortizó en menos de un año.

Médicos rurales ilustres, que dejaron huella en los municipios donde trabajaron, ha habido muchísimos. Baste recordar, como prototipo, a don Luis Sagaz, que estuvo antes que yo en Villargordo; a Francisco Clavijo, en Santisteban del Puerto; Manuel Santiago Estévez, en Porcuna; Antonio López Castillo, en Castillo Locubín; Francisco Pérez Rojo, en Bailén; Ramón Ruíz Guerrero, en Cambil; Rafael Aguilera Campos, en Guarromán y en Bailén; Rafael Ocaña Contreras, en Torredonjimeno; Pedro Urgel Piñero, en Úbeda; Francisco García, en Los Villares; Claudio Gómez y Antonio Zarzuelo, en Martos; Pedro González Duro, en La Guardia; Vicente Munitis, en Mengíbar, etc., etc. Muchos ya no están con nosotros; para ellos, nuestro recuerdo y nuestro cariño. Para los que todavía viven, un fuerte abrazo con mis mejores deseos para

ellos y para sus familias. Algunos de esos Médicos Rurales, entre los que tengo el honor de incluirme, hasta tienen una calle con su nombre para recordarlos, porque los vecinos son los que mejor conocen la vida sacrificada del médico rural.

El poner mi nombre a una calle de Villargordo tiene su historia. Tras 18 años de vivir en el pueblo, me fui de Villargordo el 23 F de 1983. Cuando habían pasado diez años de estar en Granada, recibo una carta del alcalde, en la que me pregunta si acepto que una calle del pueblo lleve mi nombre. Como es natural, contesté encantado, a vuelta de correo. Pasados unos años, me enteré de cómo ocurrieron los hechos en el pleno donde se acordó lo de la calle. Había que poner nombre a una calle nueva y un concejal, supongo que el de Cultura, propuso ponerle Dr. Fleming. Inmediatamente se levantó otro concejal y dijo muy convencido: «¿Quién coño conoce al Dr. Fleming en este pueblo? A esa calle hay que ponerle el nombre de D. Ramiro, que a ése sí que lo conocemos». Y eso es lo que ocurrió para que yo tenga una calle con mi nombre. Perdona, compañero Alexander Fleming, que te haya robado una de las muchísimas calles y plazas que están a tu nombre. Tenías que haber descubierto la bomba atómica en lugar de la penicilina, para que muchos te recuerden más.

Estoy seguro de que muchos médicos, rurales o no, además de nombres de calles, también hemos merecido que algún paciente nuestro ponga en su tumba el mismo epitafio que puso el humorista Tono en la suya: «Ya decía yo que este médico no me gustaba». Y es que, como decía Jardiel Poncela: «Llamamos experiencia a una cadena de errores». Esos y otros muchos humoristas, han sido la causa de que surjan más refranes con muy mala «leche», como aquel que dice: «las recetas han causado más muertos que las escopetas».

Menos mal que en los ratos amargos, y en los buenos ¿por qué no?, pero sobre todo, en los amargos, hemos tenido un amigo en quien confiar y descansar. Ha sido nuestra

mujer, que nunca nos ha fallado. Ella ha sido nuestra ayudante, nuestra profesora, la que, en momentos de decaimiento, nos ha elevado el ánimo y nos ha impulsado a seguir trabajando y luchando. A ellas les debemos los médicos rurales, el haber podido cumplir con nuestra difícil obligación. Solos no hubiéramos podido, al menos yo. ¿Qué hubiera sido del pobre médico de pueblo sin una mujer a su lado que le escogiera la corbata que no desentona con la camisa, cuando vamos a la capital para asistir a un acontecimiento? A la salida de la casa, en la puerta, nos esperaba siempre la parienta para pasarnos revista como en la mili. ¡Que dirán de tí so cateto! En la capital nadie se había fijado en el color de la corbata, pero ella afirmaba que no habíamos hecho el «ridí» y nosotros, tan contentos. Yo todavía no sé si el verde pega con el gris o con el negro. Por eso le tengo ordenado a mi mujer que no se muera antes que yo, porque por una tontería como esa, me vería obligado a volverme a casar. Claro está que tendría que ser con una que supiera conjuntar las corbatas y... ¡que quisiera!, que esa es otra. Y es que, como decía Oscar Wilde: «Las mujeres nos tratan como a dioses. Nos adoran, pero siempre están pidiéndonos algo». Pero pasan los años y en su enorme soledad surge majestuoso el gran problema de todos los médicos rurales: ¿Cómo poner al día nuestros conocimientos? Por mucho que estudies solo, en tu casa, te das cuenta que tus conocimientos se van quedando obsoletos y no estás tranquilo. A los dos años de ejercer en Villargordo, advertí que perdía el tren de la medicina. Me fui al Hospital «Princesa de España», hablé con el Dr. Sillero y él me abrió las puertas de su consulta, de su Servicio y de todo el Hospital. A partir de ese día y durante más de doce años, asistí con asiduidad a dicho Centro y al poco tiempo, gracias al Dr. Sillero y a otros muchos compañeros del Hospital, tuve la grata sensación de haber subido otra vez al tren, aunque fuera en el último vagón. ¡Muchas gracias a todos esos compañeros y amigos del Hospital!

Comprendí que lo que me pasaba a mí, le ocurría a casi todos mis compañeros rurales. Pero, si teníamos tan cerca a tan buenos maestros, todos dispuestos a derramar su mucho saber, sobre quien quisiera escucharlos, ¿por qué no comunicarlo a los demás para que sus lecciones llegaran a todos? Dicho y hecho. Se lo propuse al Dr. Sillero y él empezó a organizar cursos para médicos intra y extrahospitalarios y para estudiantes de los últimos cursos. Invitaba como conferenciantes a todos los Jefes de Servicio del Hospital y a muchos de sus ayudantes. Tuvieron un éxito extraordinario y el Dr. Sillero consiguió que la Diputación Provincial publicara todos los años un libro con las lecciones explicadas durante el curso. Creo que aquellos años fueron muy esplendorosos tanto para el Hospital como para la Medicina Rural. En una lección de cirugía del Dr. Palma, aprendíamos más que en cualquier tratado de Quirúrgica. Y qué decir de aquellas sesiones radiológicas del Dr. Arroyo, en las que tras explicarte las 40 ó 50 radiografías de esa jornada, salías con la convicción de que sabías muchísimo más. Igual pasaba con otros muchos Jefes de Servicio como los doctores Rosell Antón, Gómez Gutiérrez, Alcázar Luque, García Triviño, Comas Tarragona, Moreno Quesada, Larrotcha Torres, Ángel y Ramón Sánchez-Palencia, Tomás Fernández Amela, Francisco Mateas, Salido Sánchez, Armenteros Lechuga, Francisco y Raimundo Fernández Montero, Gutiérrez Aguilera, Carazo, Carrillo, Cuadra, Ramos Ruiz, Ruiz Martín, Bueno Sánchez, Suárez Fernández y muchos más, a los que los médicos rurales les debemos eterno agradecimiento.

¿Qué médico se puede permitir hoy, no estar al día, cuando cualquier paciente, desde el último villorrio, está en condiciones de meterse en Internet y darnos una lección magistral?

Sin duda, lo que más aprecian los pacientes del Médico Rural, no es lo mucho que sabe el médico, sino la convicción de que el problema del enfermo lo acoge como si fuera suyo. No les importa tanto que te equivo-

ques como la diligencia en acudir a su llamada, aunque creas que su problema no es importante. Deja lo que estés haciendo y acude con prontitud. Nunca te arrepentirás. No pretendas ser más sabio que los lugareños. Cualquiera de ellos, aún siendo analfabeto, te puede dar una lección sobre materias que tu desconoces totalmente. Acuérdense del comienzo del discurso de José Saramago cuando recibió el Premio Nobel de Literatura en 1998. Dijo Saramago: «El hombre más sabio que he conocido en mi vida, no sabía leer ni escribir». Por ello, el médico, rural o no, debe tener siempre la mente abierta para asimilar con satisfacción lo mucho que ignoramos, no sólo de nuestra materia sino también de otras muchas.

Anécdotas durante mi ejercicio profesional me han ocurrido muchas, pero el tiempo está tasado y sólo contaré algunas:

Un matrimonio de abueletes fueron a la consulta, que entonces estaba en el Ayuntamiento viejo, en un primer piso. Tras subir unas escaleras irregulares y con difíciles peldaños, entran fatigosos. Les doy los buenos días, les digo que se sienten y les pregunto: ¿Qué les pasa? Me contesta él: ¿Qué quiere usted que nos pase, D. Ramiro? ¡Que ya no estamos bien ni en los retratos! En otra ocasión viene a la consulta un hombre de más de 50 años, con su hijo, de unos 30. Al terminar la consulta me dice el padre: ¿No se ha enterado usted que mi hijo quiere casarse con la Raimunda, la hija del «Pollico»? Le contesto: «Pues no lo sabía. Me parece muy bien». Me dice el padre: «No diga que le parece bien, con los ojos tan torcidos que tiene». Dice el hijo: «Papa, que sólo tiene torcido el derecho». Dice el padre:

¿El derecho na más? ¡Si tiene la vista más enreá que un saco fidecos!». Y se casó.

Después de las vacaciones, estábamos varios amigos presumiendo de lo que habíamos visto durante el verano. Uno contaba que había estado en el Polo Norte, viendo el sol de medianoche. Otros en Amsterdam, en París, en la Torre de Pisa, en Roma, viendo al Papa. Otro que estaba callado y no había salido de viaje, dice: «¿A que ninguno habéis visto lo que yo?». Le preguntamos intrigados: «¿Y qué has visto tú? Dice: «Pues yo he visto lo que ninguno de vosotros, un obispo mear». Efectivamente, ninguno lo habíamos visto. Y me figuro que nadie de los presentes lo habrá visto. Nos contó que cuando se celebró el Congreso Eucarístico de Barcelona, la Curia de Granada organizó viajes en autobús y en el suyo iba el Arzobispo. En una de las paradas del largo camino, en medio del campo (los obispos también tienen próstata), se pusieron casi todos a orinar y el obispo, también. Nos contó que el Arzobispo hizo lo que los padres de un muchacho que fue a matricularse a la Universidad de Granada. Le preguntaron al muchacho el oficio de sus padres y dijo: «cura y monja». El funcionario lo miró algo extrañado y le dijo: «colgarían los hábitos». El muchacho contesta: «No, se los arregaron». Y eso fue lo que hizo el obispo, según nuestro amigo Manolo.

Al cumplirse este primer centenario, le deseo larga vida al Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Jaén y a todos los presentes.

¡Muchas gracias! ◀

R. Aguilera Vaquero, *Médico rural.*
